



ENTRELÍNEAS

POR Miguel Serrano

HÉCTOR BARRETO,
PASAJERO DEL SUEÑO

A los escritores de mi generación se nos ha conocido en Chile como de "la Generación de 1938", pudiendo incluirse en ella a Eduardo Anguita, Braulio Arenas, Enrique Gómez Carrón, Tedillo Cif, Irizarri, Edmundo Molina, Julio Molina Mellet, Guillermo Atlas (o Anuar Atlas), Iván Romero, René Almada, Raúl Viera, Robinson Gato, Juan Tejeda, Santiago del Campo, Camilo Rojas, Volodia Teitelboim, Héctor Barreto y yo. Un pequeño grupo (Del Campo, Guillermo Atlas, Irizarri, Almada, Iván Romero, Julio Molina y Barreto) nos reuníamos en la noche a conversar y leer nuestros cuentos y poemas en un café-restaurant de la calle San Diego, el "Miss Universo", que, como tantas otras bellas cosas, ya no existe más. Y era Barreto quien nos mantenía atentos a sus historias, improvisadas, haciendo que la noche pasara casi sin sentirse. ¿Cómo poder olvidar "El pasajero del sueño", "Rito a Narciso", "Jesús" y "La ciudad en ferma" (él pronunciaba "en ferrosa", con "m", poniendo énfasis en ello y con un gesticular único). En verdad, Héctor, tan joven aún, vivía en la Grecia antigua y como si él mismo fuera la reencarnación de Alejandro Magno, a quien nos desahitaba efusivamente, cual si sólo acabara de estar en su presencia. Para nada nos interesaba en esos años la política y vivíamos inmersos en los libros de Pascal, Strindberg, Knut Hamsun y los rusos, Dostoyevsky, Boris Pasternak, Severin Ivanov; o los poetas Milosz, Federico García Lorca, Omar Khayyam (quien se apareció en nuestras tertulias para recitar su "Azul deshabitado"), Vicente Huidobro, Augusto D'Halmar (con su "La sombra del humo en el espejo"), Salvador Reyes, Pablo de Rokha, Neruda y Joaquín Edwards Bello, entre otros.

Fue por eso que una noche recibimos con total asombro la confesión de nuestro "héroe griego", Héctor Barreto, de que había decidido participar en la



política y se había inscrito en la Juventud Socialista. ¿Cómo era posible —exclamamos— que "el pasajero del sueño", que "Jesús", hubiera hecho esto? ¿En qué quedaba ahora su búsqueda desesperada en las calles nocturnas del viejo Santiago, en la montaña, en nuestras mágicas cuebras, de la "Ciudad de los Cesáres", del "Veduvino de oro"?... Lo estoy viendo, como si fuera ayer, con su rostro moreno y sus ojos pedregados, golpeándose la frente (en un gesto muy suyo) y respondiendo: "Lo hice porque me producen dolor los ruidos pobres descalzos bajo la tierra".

Esos eran los años de la Revolución Española, del "Warápeg", de la gran tensión política planetaria previa a la Segunda Guerra Mundial y, en Chile, las juventudes políticas, uniformadas,

también combatían en las calles. Y fue así como una noche Barreto murió asesinado. A nosotros, sus hermanos, sus amigos entrañables, nos abrió más allá del alma, en las entrañas del mismo ser. Los soldados, los reclusos, debimos también salir a las calles a luchar por un cambio a fondo en la sociedad chilena. Guillermo Atlas, Irizarri y Julio Molina entraron al subterráneo. Yo empecé a escribir en periódicos de izquierda.

Barreto se había hecho muy amigo de Raúl Ampuero; yo también, hasta su muerte.

El funeral de Barreto fue algo enorme, cuartos y cuartos; todos los escritores chilenos, de cualquier generación (Huidobro, de Rokha, Neruda, nuestro amigo Sánchez Latortue), todos los políticos (Schneider, Ricardo Lancham, Julio Barrenechea y Mariasangua Crowe, como líder de ese momento). Ahí conocí a Blanca Luz Brum, quien iba a mi lado y, al ver mis ojos húmedos, me dijo: "Amigo, camaráda", tomando mi mano y apretándola. En el cementerio, junto a la bella tumba, hecha por el escultor Bendaña, con la mascarilla del rostro de Barreto muerto, que él mismo le sacara y que me había regalado esa mañana (tal la consuevo habiendo viajado conmapo por todo el mundo). Y allí quedó, entonces, su réplica (mirando al cielo, a través de los párpados cerrados, durante todas las estaciones, bajo el sol y la lluvia) hasta ahora, cuando desconocidos la han roto a golpes de martillo. Don Martín de Guzmán terminó su discurso de aquel día diciendo: "No pasarán...". Sin embargo, han pasado... ¡tantas cosas!

Con jóvenes amigos vamos a separar la tumba en el Cementerio General, de modo que el rostro de Héctor Barreto pueda seguir contemplando más allá del cielo, más allá de las estrellas, su Grecia inmortal, su monte Olimpo y el Templo de Delos, donde tal vez él fuera un hierofante, hace muchos siglos ya.

Héctor Barreto pasajero del sueño. [artículo] Miguel Serrano

AUTORÍA

Serrano, Miguel, 1917-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Héctor Barreto pasajero del sueño. [artículo] Miguel Serrano. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile